

Carta del Papa a los hermanos y hermanas hebreos en Israel.

Queridos hermanos y hermanas:

Estamos viviendo en una época de doloroso tormento. Las guerras y las divisiones aumentan en todo el mundo. Estamos, en efecto, como dije hace algún tiempo, en una especie de «guerra mundial a pedazos», con graves consecuencias para la vida de muchas poblaciones.

Ni siquiera Tierra Santa, por desgracia, se ha librado de este dolor, y desde el 7 de octubre está sumida en una espiral de violencia sin precedentes. Mi corazón se desgarró al ver lo que está sucediendo en Tierra Santa, por la fuerza de tanta división y odio.

El mundo entero mira con aprensión y dolor lo que sucede en esa Tierra. Son sentimientos que expresan una especial cercanía y afecto por los pueblos que habitan la tierra que ha sido testigo de la historia de la Revelación.

Tristemente, sin embargo, hay que decir que esta guerra también ha producido en la opinión pública mundial actitudes de división, que a veces desembocan en formas de antisemitismo y antijudaísmo. Sólo puedo reiterar lo que también mis Predecesores han dicho claramente en varias ocasiones: la relación que nos une a vosotros es especial y singular, sin oscurecer nunca, por supuesto, la relación que la Iglesia tiene con los demás y el compromiso también con ellos.

El camino que la Iglesia ha emprendido con vosotros, antiguo pueblo de la alianza, rechaza toda forma de antijudaísmo y antisemitismo, condenando inequívocamente las manifestaciones de odio hacia los judíos y el judaísmo como pecado contra Dios. Junto con ustedes, los católicos estamos muy preocupados por el terrible aumento de los ataques contra los judíos en todo el mundo. Esperábamos que el «nunca más» fuera un estribillo escuchado por las nuevas generaciones, pero ahora vemos que el camino a seguir requiere una cooperación cada vez más estrecha para erradicar estos fenómenos.

Mi corazón está cerca de vosotros, de Tierra Santa, de todos los pueblos que la habitan, israelíes y palestinos, y rezo para que el deseo de paz prevalezca sobre todos. Quiero que sepáis que estáis cerca de mi corazón y del corazón de la Iglesia. A la luz de las numerosas comunicaciones que he recibido de diversos amigos y organizaciones judías de todo el mundo y de vuestra carta, que aprecio mucho, siento el deseo de aseguraros mi cercanía y afecto. Os abrazo a todos y cada uno de vosotros, y especialmente a los que os consumen la angustia, el dolor, el miedo e incluso la rabia. Las palabras son tan difíciles de formular ante una tragedia como la ocurrida en los últimos meses. Junto con vosotros, lloramos a los muertos, a los heridos, a los traumatizados, suplicando a Dios Padre que intervenga y ponga fin a la guerra y al odio, a estos ciclos interminables que ponen en peligro al mundo entero. De manera especial, rezamos por el regreso de los rehenes, alegrándonos por los que ya han vuelto a casa, y rezando para que todos los demás se unan pronto a ellos.

Quisiera añadir también que nunca debemos perder la esperanza en una paz posible y que debemos hacer todo lo posible por promoverla, rechazando toda forma de derrotismo y desconfianza. Debemos mirar a Dios, única fuente de esperanza cierta. Como dije hace diez años, «la historia nos enseña que nuestras fuerzas no bastan. Más de una vez hemos estado al borde de la paz, pero el maligno, utilizando diversos medios, ha conseguido bloquearla. Por eso estamos aquí, porque sabemos y creemos que necesitamos la ayuda de Dios. No abdicamos de nuestra responsabilidad, sino que invocamos a Dios en un acto de suprema responsabilidad ante nuestras conciencias y ante nuestros pueblos. Hemos escuchado una llamada y debemos responder. Es la llamada a romper la espiral del odio y de la violencia, y a romperla con una palabra: la palabra «hermano». Pero para poder pronunciar esta palabra, debemos levantar los ojos al cielo y reconocernos hijos de un solo Padre» (Jardines Vaticanos, 8 de junio de 2014).

En tiempos de desolación, nos cuesta mucho ver un horizonte futuro en el que la luz sustituya a las tinieblas, en el que la amistad sustituya al odio, en el que la cooperación sustituya a la guerra. Sin embargo, nosotros, como judíos y católicos, somos testigos precisamente de ese horizonte. Y debemos hacerlo, comenzando en primer lugar en Tierra Santa, donde juntos queremos trabajar por la paz y la justicia, haciendo todo lo posible para crear relaciones capaces de abrir nuevos horizontes de luz para todos, israelíes y palestinos por igual.

Judíos y católicos, debemos comprometernos en este camino de amistad, solidaridad y cooperación en la búsqueda de caminos para reparar un mundo roto, trabajando juntos en todas las partes del mundo, y especialmente en Tierra Santa, para recuperar la capacidad de ver en el rostro de cada persona la imagen de Dios en la que hemos sido creados.

Aún tenemos mucho que hacer juntos para que el mundo que dejemos a los que vengan después de nosotros sea mejor, pero confío en que podamos seguir trabajando juntos con este propósito.

Os abrazo fraternalmente.

Francisco